

Malos Terrenos....

El debate económico que, por su naturaleza misma, debía ser serio, basado en hechos y no en frases de retórica; en argumentos y no en insultos; no se ha mantenido en su terreno.

Pero los nuevos campos a que el debate se ha llevado, han sido de tierra fértil; y si no han producido resultados apreciables en dinero, han hecho brotar por lo menos, - sin riegos ni cuidados, como brota la maleza, - las figuras respetables de un profeta y de un penitente. Don Maximiliano Ibañez y don Claudio Arteaga, respectivamente.

Don Maximiliano es conocido de todos. Su exquisita urbanidad, su modestia, sus éxitos en el periodismo, hacen de él una persona especialmente simpática dentro y fuera de su partido.

Es cierto que no es, como cree "La Unión", un hombre capaz de volver al país de un lado para otro, como si fuera una media. No: en esto hay exageración de parte del colega.

El señor Ibañez es una de las tantas personas que actúan en la política, con la única diferencia de pensar siempre al revés de todo el mundo.

Este no es motivo para hacerle cargos, ni mucho menos para compararlo con el señor Arteaga.

Ahora, como decíamos al principio, tiene un mérito más: el ser profeta: "El fracaso no lo evitará nadie", - dijo ayer refiriéndose a la conversión a letras. - "¡Los faroles sobran para colgar a los culpables; pero el país quedará arruinado!"

Como el país lo está bastante, la frase de don Maximiliano, no habría producido tan gran sensación en la Cámara, a no mediar aquello del ahorcamiento y los faroles.

Pero desde que estos se nombraron, el público se alarmó porque vio inmediatamente que don Maximiliano se había afarolado.

Es evidente que en estas lugubres evocaciones del señor Ibañez, puede haber algo de alucinación.

Y que el señor Ibañez crea ver a todo el mundo ahorcado, porque para donde mira ve que sacan la lengua. pero en el mismo momento todos lo toman a lo serio: No se acordaron de que el profeta se encontraba en su tierra.

Ni de que ha de seguir en ella, según cree el resto de la Cámara.

El penitente, - puesto de moda, - es el señor Arteaga.

El señor Arteaga es un hombre distinguido; pero en distinta forma que don Maximiliano.

Se ha distinguido en la Marina, en la Bolsa, y en el Centro Liberal. Hace poco más de un año, cualquiera que se asomara a las reuniones lo distinguía perfectamente. Estaba en la cabecera de la sala; casi a los pies de la mesa directiva, en un sitio muy semejante al que ocupan los acusados; pero con una diferencia: que el señor Arteaga no tenía abogados... ¡tal vez efecto de la crisis que impide la conversión!

El señor Arteaga se defendía, entonces, como gato de espaldas, de los que lo atacaban, queriéndoles probar que también tenía garras, - cosa que por fortuna no quedó probada, - y a pesar de que estaba sentado cómodamente en su sillón, parecía decir con los ojos: "Yo no me siento bien;" como el Rey que Rabió... aunque por otros motivos.

Pero la crisis, a pesar de su gravedad, no ha impedido todas las conversiones

Prueba de ello es la conversión del señor Arteaga... a las ideas de ciertos exaltados que entonces lo atacaron.

Y el medio ha sido sencillo: unas cuantas frases "centrífugas" contra algunos de sus colegas. Y sobre todo la demostración, sin razones, de que todos los Conservadores que interpretan los deseos del pueblo, facilitando la conversión y la estabilidad monetaria, son unos expoliadores del pueblo.

La teoría es tan avanzada, como si hubiera sostenido que todos los liberales, sin excepción ninguna, son honrrados y cuerdos. Pero no la criticamos porque cada cual tiene sus ideas, o a lo menos sus palabras, y todos tienen derecho de arrepentirse y pedir a la juventud de su parti-

Continuación de - "Malos Terrenos..." del 29 de Mayo de 1914

do que le perdone sus antiguos yerros, de cualquier especie que sean y en la forma que más le plazca.

El señor Arteaga hace en estos momentos penitencia. Y está totalmente convertido, no solo a letras sino a palabras.

El señor Ibañez, partidario del oro, debe estar a su vez desesperado.

El profeta y el penitente, al discutir la conversión, están en su derecho.

Lo único que es de lamentar es la forma en que lo hacen.

Las figuras cursis, los pensamientos tropicales, están muy buenos para los diarios de pueblo chico; no para la Cámara de Diputados.

Los insultos, sin base cierta, y las protestas de choclón, están buenos para las callejuelas de barrio pobre; pero ni siquiera sirven para pronunciados en los pasillos mismos de la Cámara.

Es lamentable que la discusión se haya llevado a terrenos que no son apropiados: El de la fantasía y el de las injurias.

J.P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile